

Sobre epidemia, sociedad y ética

Ricardo Pascoe Pierce

Con el país entero atento a las indicaciones de la Secretaría de Salud para mejor afrontar el riesgo de una epidemia que aún pudiera sofocar muchas vidas, vienen a la mente otros acontecimientos que han sacudido igualmente a nuestra sociedad.

El movimiento del 68 y en particular la masacre de Tlatelolco conmovieron hasta sus cimientos a la sociedad mexicana. A pesar de que ocurrió en el DF puso un signo de interrogación esencial al régimen político a nivel nacional, del cual éste nunca se libró. Abrió las puertas a la reforma política una década después, que le permitió a la izquierda participar, por primera vez, en las elecciones. En 1979 el Partido Comunista alcanzó diputados, y en 1985 lo consiguieron los partidos Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y Mexicano de los Trabajadores (PMT).

En 1985 un temblor sacudió al DF, aunque tuvo efectos hasta Jalisco. Hubo una gran movilización social en la ciudad, llenando el vacío que dejó la conducta miedosa y vacilante del presidente y del regente. Después, en 1988, las elecciones presidenciales confirmaban o por lo menos predecían la caída del PRI. La ciudad de México votó masivamente contra el PRI y eligió a senadores y diputados de oposición por primera vez en la historia reciente. Sucedió lo mismo en Michoacán y otros estados.

Ambos casos implicaron un enfrentamiento, literal o virtual, entre sociedad y Estado. También tuvieron como saldo que el Estado se vio obligado a transformarse democráticamente, aunque fuera a regañadientes. En la sociedad también se dieron cambios importantes. La política empezó a adquirir una relevancia que no había tenido en la toma de decisiones. El voto ha adquirido una importancia que jamás tuvo en nuestra cultura política. Aun hoy se promueve la anulación del voto como forma de protesta contra los partidos. Antes, ese gesto no habría tenido valor. La sociedad ha adquirido nuevas responsabilidades. Debe saber qué hacen sus representantes, cómo gastan el dinero y qué decisiones estratégicas toman en nombre del pueblo.

Con la emergencia que aún vivimos sucede algo parecido. Es un fenómeno que sacude a toda la sociedad y ha obligado a todos a ponerse en alerta. El Estado dictó medidas y la sociedad las acató. Es quizá este detalle lo que ilustra la diferencia entre otros eventos que conmovieron al país y la actual crisis. Ahora la crisis no está construyéndose sobre la base de un enfrentamiento entre sociedad y Estado, sino que

el signo notorio es la obediencia de la sociedad. Ahora, lo interesante es indagar las razones de

este rasgo singular de la crisis actual.

La respuesta fácil será la partidista. Unos dirán que es porque el PAN hace buen gobierno, y otros dirán lo contrario. Hay quienes afirman que la influenza es un invento panista para favorecerse en las elecciones. Pero lo más interesante es observar la forma en que el gobierno ha tenido que manejarse: con datos y hechos ante el país y el mundo. Ha tenido que conducirse como un Estado que da la cara a una sociedad democrática que exige transparencia y claridad de sus gobernantes. Y éstos, obligados por los hechos y por la globalización, a dar respuestas precisas.

El miedo a la muerte ha movido a muchos a conducirse con disciplina y apego a los lineamientos de salud. La crisis podría derivar en una nueva conciencia nacional sobre la necesidad de promover la limpieza personal en hogares, calles, espacios públicos. Y, por tanto, de sostener una nueva relación entre los individuos: de mayor consideración, disciplina y apego a la ley. El saldo más deseable pudiera ser que nos volviésemos una nación creyente en el estado de derecho. Por lo pronto, es evidente que nos estamos volviendo una sociedad que sabe que debe asumir sus obligaciones ante los demás individuos.

Está por verse el efecto duradero de esta crisis sobre la sociedad. ¿Nos volveremos más solidarios, incisivos, exigentes pero tolerantes, capaces de exigir conductas rectas a los gobernantes? ¿Cambiaremos nuestros patrones de votación? Las franjas radicales han quedado desnudadas ante una sociedad que no los escucha. Tanto las interpretaciones apocalípticas y cuasirreligiosas, como las "político-partidistas" han demostrado su origen falaz y frágil frente a la realidad de enfermedades que pueden llegar a pandemias.

Mientras las crisis de 68 y 88 referían la exigencia de derechos políticos colectivos ante un sistema autoritario y excluyente, la de ahora plantea la necesidad del individuo obligado y responsable ante un Estado razonablemente democrático, con los derechos políticos intactos.

Voces que se escuchaban antes de la crisis ahora se han silenciado. Voces que seleccionaban sus temas favoritos: era preferible hablar de crisis económica que narcotráfico, o derechos humanos que influenza. Y, sin embargo, todos son tema y todos requieren atención. A la realidad no se le puede "seleccionar" sus temas. Es la realidad la que los define. Los humanos bailamos al son que nos toquen. Es una primera lección de humildad que nos da la influenza.

ricardopascoe@hotmail.com

Analista político

